

# La barbarie en la idea del hombre

.....  
**Antonio Calvo**

Del Instituto E. Mounier  
 .....



## La experiencia humana

*De la vida al pensamiento.* Ciertamente, en el origen de lo humano parece estar la *consciencia*. Pero saber que sabemos no es todavía sabiduría. Por el laberinto de la historia, dejando lentamente la selva, desde África hasta los primeros tanteos por el espacio extraterrestre, el hombre ha ido llenando su mirada con nuevas perspectivas y, en una espiral incesante, a través de su acción pensada, ha ido viniendo siempre a sí mismo. «¡No corras, ve despacio, que adonde tienes que ir es a tí solo!», aconsejaba Juan Ramón Jiménez. En el hombre la vida natural estalla en pensamiento de lo vivido y se transforma en vida deseada y deseante. La consciencia ya no puede dejar de ser *intencionalidad*.

*Del pensamiento al amor.* Ni siquiera en la selva hubiera sido posible la vida sin el cuidado maternal. Durante la interminable transformación de la naturaleza por la libertad en que consiste la *humanización*, posiblemente, este asombroso instinto se convirtió en ternura y culminó en amor, independizándose de la función biológica y reproductiva y universalizándose a la acción del hombre como hombre. El hecho es que la sabiduría humana ha reconocido universalmente el *amor* como lo que nos hace verdaderamente humanos.

La inteligencia del hombre transforma los hechos en acontecimientos y, estos, en *experiencia*. Y,

una vez reflexionados críticamente, las experiencias humanas, como *revelación de la realidad* o de lo no pensado o no producido por los hombres, tienen efectivamente autoridad y vigencia: poseen fuerza cognitiva, crítica y liberadora en la larga búsqueda humana de la verdad y de la bondad, la justifica y la felicidad.

(...) Quienquiera (persona o grupo) que haya realizado una experiencia dotada de autoridad, se convierte por ello mismo en un testigo: él, ella o el grupo narra lo que ha sucedido. Si se ejerce reflexión sobre él, este relato abre también a otros una nueva y legítima posibilidad vital; pone algo en movimiento. Así, la competencia de la experiencia se hace realmente efectiva en la narración de la experiencia

llevada a cabo y en su fuerza de renovación de la vida. *La competencia empírica* — el antiguo y el nuevo testamento son paradigmas de ello— tiene, pues, una estructura narrativa; es un *relato vital testimonial*.

Edward Schillebeeckx  
*Los hombres relato de Dios*  
 Sígueme, Salamanca, 1994  
 pp. 50-52

Así pues, la experiencia consiste en la forma peculiar con que el mundo y las personas ponen su realidad en las manos del hombre.

Todo esto supone, parece evidente, que la realidad que somos y en la que estamos *es recibida, previa y creíble*. Toda la experiencia humana de la realidad atestigua que la estructura de esa realidad es fiable, tiene un sentido y posee lo bueno y lo malo para la vida antes de nuestro concurso consciente. La novedad humana no ha hecho otra cosa que transformar esas estructuras naturales de la realidad y confirmar en su experiencia que, como seres personales, somos estructuralmente amantes, creyentes y fiduciales. Esa es la verdad que hemos encontrado en esa búsqueda incesante que nos va alejando, poco a poco, de la selva.

### Una razón cordial

Los bárbaros eran, para los griegos y romanos, los pueblos ajenos a su cultura. *La barbarie* en el hombre supone, para mí, *vivir de una manera extraña a lo que el hombre ha considerado los universales que le caracterizan como hombre: amor, confianza, esperanza y búsqueda de la verdad*, es el dinamismo que da razón de nuestro ser.

En nuestro momento histórico, en la cultura hegemónica actual, la barbarie se manifiesta, a mi modo de ver, en la enorme reducción que ha ido haciendo en los últimos siglos de su *idea de hombre*, y en concreto, de su idea de razón. No deja de ser una asombrosa paradoja que el hombre que, en el Renacimiento, abandonando el orden teocrático medieval, tenía un ideal humanista, conciencia de su grandeza y de sus posibilidades, anhelante de ser el artífice de sí mismo y de conquistar el mundo, de ampliar sus horizontes, haya llegado a ser, con una metodología puesta a punto para pisar terreno firme y, tras la revolución científica, un ser que sólo cuenta con lo que puede demostrar, cansado de la exigencia y la aventura que supone aceptar un fundamento a la existencia personal, opta por renunciar al fundamento y se resigna a la finitud; temeroso de afirmar verdades absolutas, creen intensamente que eso excluye la tolerancia, una virtud

tan estimada como mal entendida... Nunca el hombre, habiendo tenido conciencia clara de su grandeza, ha llegado a ser tan reducido, hasta el punto de negar su condición de persona y, en consecuencia, aceptar que no es capaz de usar su razón para otra cosa que para *reintegrarse en la naturaleza*.

Triste camino el que hemos andado desde el Renacimiento en la cultura dominante. El hecho es que la idea moderna de hombre se ha ido haciendo mirando a través de cristales que han deformado gravemente la realidad. *La conciencia de autonomía* está en el fondo de todo el proceso como un bastión inamovible. Sobre ella, la *desconfianza* en una realidad armoniosa, cósmica y convivencial, se fue agigantando; la conveniencia de guarecerse en un refugio seguro encontró en la revolución científica algo de lo que enorgullecerse y fue decantando la razón del lado de lo que se podía probar, manejar e instrumentalizar. El cristal del *orgullo* y de la pretendida *autosuficiencia*, que no permitía distinguir entre *humildad*, la actitud propia de la criatura, y *humillación*, impidió elaborar una idea de libertad universalizable y comprometida. El *prejuicio científico* y, hoy, el *pensamiento débil*, han hecho creer a muchos que sólo la ciencia puede alcanzar verdades; para lo demás, si lo hay, sólo queda el *escepticismo*.

Sin embargo, la racionalidad científica empujada, que deja fuera el imprescindible *sentido común* de la experiencia humana fundamental, es sordociega a lo que nos dice esta experiencia:

lo último es y no puede ser incierto, y lo cierto es y no puede ser penúltimo. A lo que para nosotros es último..., sólo por la creencia podemos acceder,... aquellos de los cual podemos tener alguna evidencia (lo que de la realidad nos hacen saber los sentidos y la ciencia) no puede dejar de ser penúltimo.

(Laín Entralgo)

Este *colosal montaje* contradice la experiencia cotidiana del hombre y constituye un suicidio intelectual. Urge, por tanto, desenmascarar y desmontar esta barbarie.

### La persona y el sentido de la vida

*Los bárbaros son los que no se atienen a la realidad dada*, los que por ignorancia, orgullo insensato o afán de poder no escuchan la mejor experiencia que el hombre ha alcanzado de sí mismo y, en consecuencia, bajan la mirada y nos devuelven la selva. La realidad, en su dinamismo, convalida tenazmente que nuestra estructura creyente, amorosa, fiducial y buscadora incansable de la verdad no

## LA BARBARIE

es una pasión inútil. A pesar de la realidad, para la *forma de fe* que profesan, las preguntas por el sentido de la vida no suponen un problema, simplemente no se les da ninguna posibilidad. Es, nos parece claro, una razón reducida, sin cordialidad —*cor-razón*— que ha perdido la capacidad de admirar y anhelar los grandes horizontes, la eternidad que se barrunta en el tiempo. La miopía positivista pretende arrinconar en el desván de los trastos inservibles el significado de la idea de *persona*.

El camino suicida que va recorriendo esta creencia comienza por *desvincular* al hombre y organizar discursos coherentes dentro de cada rotura. Si no levantas el vuelo, desde dentro del destrozo, apenas puedes percibirlo. Reducida la realidad a naturaliza y separada en pedazos la experiencia humana, la incoherencia se hace racionalidad.

La pérdida del sentido ha ido cogida del brazo por el camino que ha recorrido esta parte de nuestra cultura: *La razón cientifista* fue reconociendo la autonomía del mundo y dejando fuera de él a Dios; después, buscando la plenitud humana, en nombre de un humanismo auto-suficiente, lo echó de la idea de sí mismo. Recientemente, pretende volver a una naturaleza divinizada, sin hombre.

No nos parece casual que la *idolatría* vaya anegando todos los ámbitos de la vida y que quienes viven opíparamente sobre el mar de víctimas que producen diariamente, luchan por apartar la cuestión de Dios y del hombre. Sin embargo, y digan lo que quieran creer los visionarios del *nihilismo* y del *escepticismo*, tanto el uno como el otro constituyen un suicidio intelectual y no atienen a la verdadera realidad dada al sentido más común.

*La idea de persona* se elaboró durante las controversias trinitarias y cristológicas de los primeros concilios cristianos para dar *razón de un Dios* que se había revelado en el hombre Jesús de Nazaret, el Cristo, como pasión por lo humano, por pura y absoluta gratuidad de amor.

La narración de la experiencia religiosa humana, la idea de persona pasó a la reflexión antropomófica y se incorporó a la idea de hombre acogiendo en su significado lo que el ser humano a lo largo de su caminar había experimentado como lo más propio: *inteligencia, libertad, capacidad de amar, apertura al fundamento, búsqueda del sentido, dignidad...* Es menester insistir en que no se trata de un simple sueño, sino de una experiencia humana hecha posible por la lenta elaboración de una tradición concreta de las más hondas experiencias humanas: *la vida, la muerte y el dolor, la contingencia, el sentido, el amor, la maldad y el mal...* La experiencia humana aquí culminó afirmando y testificando que, a pesar del mal y de la muerte, la verdad de la realidad es la vida, y

el reconocimiento de esta verdad es posible por el amor que se manifiesta en ella.

Esta verdad, hasta donde podemos saber, sólo la puede reconocer el ser personal, es decir, el hombre y, en consecuencia, sólo él puede convertirse en su testigo viviendo amorosamente. Que esta verdad se fundamente en el reconocimiento de la existencia de un Dios personal o en el mero reconocimiento de la existencia personal de la realidad, no es una cuestión trivial, pero no me parece esencial para el *compromiso humano* que, en ambos casos, será personal y coincidente en su acción, aunque no lo sea en su fundamentación y en su vivencia.

Del reconocimiento de nuestro ser personal sale una ética exigentemente humana, la lucha inacabable y apasionada por instaurar un mundo en el que se puede vivir como personas en todas sus dimensiones, amistosamente.

La barbarie, en cambio, no escucha los universales humanos y, manipulando la realidad: Dios, hombre o mundo, pretende devolvernos a la selva con los modos y las palabras que en cada actualización histórica sean adecuadas a su insensatez humana.

### La barbarie en acción.

#### Apunte sobre la dimisión del hombre

Previamente y al margen de la confesión de fe en un Dios personal, el hombre es un *caminante ético*. Sin embargo, desalojar a Dios de la trinidad metafísica —*Dios-Hombre-Mundo*— que hizo posible la experiencia cristiana, supone renunciar, creyentemente también, a una búsqueda del fundamento y empeñarse en una explicación de la realidad personal y del mundo muy difícil. Quizás en esta cuestión tan vital la malísima comprensión y explicación de la encarnación personal de Dios y de la experiencia humana hayan contribuido no poco a impedir a muchos hombres de buena voluntad una mejor experiencia religiosa. *La experiencia religiosa es, original y fundamentalmente, humana*. No hay dos realidades. Si existe el Dios personal, sólo el hombre, absoluto relativo, puede hacer experimentable y concreto para el hombre a ese Dios que, por ser absoluto, está presente en toda la realidad. Una realidad que, si es así, es creación, gracia y salvación.

Sea lo que sea de la realidad, el hecho es que el hombre es consciente de que todo lo que hace le va modelando y necesita saber a dónde va, es un ser inquieto, sólo se encuentra en el horizonte del misterio, «animal de realidades», su campo propio es la utopía. Para poder ser real, necesita ser ideal.

*La idea que tenemos de nosotros mismos*, no sólo es una parte fundamental en cómo nos sentimos, sino de nues-

tras posibilidades de ser. «El menosprecio de sí mismo es el principio de la sumisión» decía Erich Fromm. Quién no se ha entristecido con la fábula de aquel polluelo de águila que, criado por gallinas, vivió y sintió como una gallina y nunca pudo concebirse ni, por tanto, volar como un águila.

*La persona es el ser que dispone de sí para hacerse disponible.* Una realidad que sólo puede encontrarse cuando las relaciones que le van constituyendo están dinamizadas de acuerdo —de corazón— con su estructura esencial amorosa, confiada, esperanzada y dialogante. Esta estructura, con fundamento en la realidad que se nos manifiesta, a quien la acoge humildemente le llevará, al menos, a un respetuoso silencio ante el misterio personal de la vida, reconociendo la radical insuficiencia de las razones que el hombre se da a sí mismo de una manera voluntarista, fundadas en sí mismo o en la naturaleza, acerca de lo perteneciente al misterio de la existencia, es decir, lo que no encaja en el dinamismo de la prueba.

*La barbarie consiste en haber roto los vínculos y no permitir una honda y plena experiencia humana.* Separados la razón y el sentimiento, la razón se vuelve fría y calculadora. «De nada sirve que el entendimiento avance, si el corazón se queda», nos recuerda Gracián; otra cosa es si el entendimiento puede entender sin corazón. Pero, volvamos a lo que estamos. El hombre, ser maravilloso y terrible, es persona, pero puede hacer un uso de su razón, de su instalación inteligente en la realidad, poderosamente pervertida.

Algo así nos está pasando. Hoy, junto a las dimisiones cotidianas de nuestro ser, que empobrecen la relación con el egoísmo e impiden la construcción fraternal en las distancias cortas, se da una barbarie a gran escala como proyecto humano, que no de humanización. Se trata de un modelo que funciona como una nueva religión immanente, cuidadosamente planificado, con sus dios —*el mercado*— y sus sacerdotes —*los mercaderes*—; en forma neoliberal actual es, sin duda, *la idolatría* que produce más víctimas con la apariencia de normalidad. La inmersión en todos los ámbitos de la vida, mediante los registros de poder: la educación, la información, la economía, la investigación, la técnica, el derecho, el urbanismo, la sanidad, el empleo...han convertido su absoluta presencia, por eso mismo es invisible.

La barbarie, así, la llevamos puesta y la alimentamos con nuestra manera de vivir. *El opio del pueblo*, que para el humanismo ateo del siglo XIX era la religión, hoy, sin



duda, lo es el consumo. Esta civilización, pretendidamente campeona de la libertad, del progreso y de los derechos humanos, se ha convertido en un *desorden muy establecido*. La envidiable ciudadanía humana de unos pocos se está sustentando sobre la *utilización mercantil* en todos los ámbitos de la vida, sobre la *miseria* de la mayoría y la *muerte evitable* de miles de personas diariamente.

Hace tiempo que la humanidad ha experimentado que su ser personal conlleva una dignidad innegociable; sin embargo, la brutal realidad que estamos poniendo en pie se apoya en *relaciones belicistas*. Es hora ya de un planteamiento verdaderamente personal. De hacer verdaderamente el amor en las distancias cortas y en las universales, constuyendo un verdadero hogar en el que todos los hombres, reconocidos, sin excepción, como personas, se sientan en casa. A mi parecer, no hay otro camino que la *no violencia muy activa*, dejándose la vida en hacer vivir, sin quitársela a nadie. Debemos arrebatar la construcción de la convivencia y las posibilidades de la tierra a los mercaderes sin escrúpulos, sin darles justificación para su comportamiento de bestias. Instaurar el reino del derecho de la persona es cosa de mucho amor, mucha fe y mucha esperanza en todos los instantes de la vida de cada persona.

La barbarie, siempre posible, consiste en vivir extraños a lo mejor que el hombre ha descubierto, su ser personal, y no construir la convivencia de acuerdo a las exigencias de ese modo cualitativamente diferente de ser. Sólo la experiencia de ser personas y un proyecto personal y comunitario al mismo tiempo, una permanente conversión a la *relación fraterna*, que una idea de hombre tan desvinculada de su raíz y tan fragmentada, está haciendo casi imposible experimentar, puede dar razón de lo que somos y arrinconar, en lo posible, la barbarie.